TIEMPO DE ABEJORROS

Ana Vega Burgos

38

Iznájar, 2017

TIEMPO DE ABEJORROS

ANA VEGA BURGOS

38

—

2017

Tiempo de abejorros

Imprime: *Publicidad El Castillo*
C/ Puerta del Rey, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com

Depósito legal: CO-846/2017

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2017
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
Toñi Gómez Vidal
María José Núñez Villalba
Juan Ramos Sánchez

Acabo de meterme entera en la tina cuando empieza el repique de campanas. Es un torrente ensordecedor, acuciante. Se me cae el jabón de las manos. Mientras lo busco, intentando no meter la cabeza, oigo el primer disparo. Resbalo y me hundo. Después suenan más, muchos más: tiros y campanas. El jabón quedará en el fondo de la tina como un animalillo cubierto de babas hasta que el sol de agosto evapore el agua para bailar en una nube su fiesta de burbujas.

Me echo el vestido por encima sin detenerme a secarme y el pelo chorrea sobre mi espalda; tras el infame calor que nos azota cada verano, refrescarse es uno de nuestros más benditos placeres. Estoy calzándome las

sandalias cuando padre entra al corral sin avisar, invasor pálido de ojos desencajados que me agarra de un brazo y tira de mí. ¡Corre! Y yo, acostumbrada a obedecer sin que contesten a mis preguntas, corro tras él, a tropezones, con dolor de brazo.

Sube por la calle una desbandada vestida de alegres colores veraniegos que huele a sudor y a pánico. Reconozco a mi prima Chari, la boca muy abierta, mostrando una lengua roja que mañana estará blanca y agrietada. La anciana Teresa, con sus carnes desparramadas alrededor del cuerpo como ropa holgada, intenta correr cojeando de las dos rodillas, mezclado el sudor con lágrimas que se convierten en barro al deslizarse por las arrugas de su cuello. Mi vecino lleva en brazos a la bebita Susi, que chilla a pleno pulmón. Detrás de él corre Carlos, ocho años, piernas cortas, llanto que le corta la respiración. Cojo su manita y corro también, arrastrada por la riada humana, subiendo hacia el Cerrillo, polvo y piedras, sol que achicharra los cerebros.

Alguien grita que es más seguro atravesar los campos. Nos dispersamos en grupitos, norte, sur, este, oeste, arriba, abajo… Los ancianos van más despacio ya, agotados. Yo no puedo más con el peso de Carlos y lo suelto. Él vuelve a llorar y lo cojo de nuevo, pero se me resbala, tengo los brazos demasiado doloridos. Lo suelto, él llora, yo cierro los oídos y sigo mi marcha. Cuando divisamos a lo lejos una casilla recién blanqueada, las piernas ya no me responden. Los últimos metros los hago casi a la rastra, la boca seca y pastosa, sin saliva, la lengua pegada al paladar. Chari señala el cubo sobre el brocal del pozo y hundo las manos en un agua calentorra, pero apenas me humedezco la boca cuando alguien me aparta despacio para que puedan beber los demás. Se me saltan las lágrimas. Miro cómo se echan agua, el cubo baja al fondo del pozo, sube salpicando, solo verlo nos refresca.

Me seco las manos en el vestido: están llenas de sangre. Me miro las palmas: sé

que no es tierra, pero yo no estoy herida. Alrededor del pozo, la hierba seca pincha pero me limpio las manos en ella. Chari se acerca a mí y me abraza. Mis mejillas se mojan con sus lágrimas. Le doy unos golpecitos en la espalda porque no sé para qué llorar.

Echamos la puerta abajo. Solo hay una silla en un rincón. La anciana Teresa se derrumba sobre ella; la madera exhala un quejido que se confunde con el sollozo de la mujer. Los niños caen sobre las mantas viejas de la esquina, pies, manos, cabezas, todo en un ovillo informe. Dentro de unas horas despertarán llorando de hambre. Yo también quisiera comer. Y dormir. ¿Llorar? No, no creo. Solo me duele el pecho.

Miro a mi alrededor y veo que ha ido concentrándose mucha gente aquí. Reconozco a algunos chicos del pueblo vecino. ¡Ahí está Raúl…! Mi corazón da un vuelco, pero ya no es de ilusión. ¡No quiero que me vea! Estoy sucia, un olor agrio me sube de los pechos, del vientre. Me vuelvo con disimulo y levanto

el brazo: en el vello de mis axilas, rizado y negro, brillan gotitas de sudor que huele a miedo, a sal, a guiso rancio. Los ojos de Raúl resbalan sobre mí con indiferencia. De pronto, un chispazo: me ha reconocido. Inicia una sonrisa, yo vuelvo la cabeza. Cuando miro de nuevo, ya no está; reconozco a lo lejos su camisa gris. Abraza a una mujer; será su madre. Mi madre no está aquí. Siento una punzada en la boca del estómago que hace que me doble de angustia. Me falta el aire. A mi alrededor zumban avispas azules. Y negras. Y moradas. La tierra huele a otoño aunque el verano arda. Caigo sobre el reguero de agua que muere en el camino.

Están gritándome. ¡Estoy aquí, les oigo! ¿Qué pasa? Chari, ¿qué pasa? Caras a mi alrededor, mi prima me sostiene la cabeza sobre su regazo. El vecino le entrega un pañuelo y me limpian la cara. Una mujer agita un abanico sobre mí. Ahora se agolpan los recuerdos, no puedo luchar contra ellos. Parecían abejorros atontados que venían a cla-

varse en la tierra levantando nubecillas de polvo. Perpleja, me acerqué a observarlos. Madre venía detrás, ayudando a la abuela Teresa. Se lanzó sobre mí. Caí al suelo rodando, me desollé las manos. Me volví para increpar a madre y la vi tendida de bruces.

Un pájaro negro, enorme, graznaba sin cesar, desgarrándose la garganta mientras yo reptaba hacia mi madre. Los abejorros caían ahora un poco más adelante. Carlos se había encogido sobre sí mismo, en el suelo, como una bolita morena vestida de amarillo, y enterraba la cabeza entre los brazos. Mis manos se llenaron de una sustancia pegajosa que fluía, caliente, bajo el pecho de mi madre. Hubiera querido beberla, amamantarme de su vida como en mi principio. Me empapé las manos. No quería mancharle el rostro al echarle el cabello hacia atrás. Me limpié en el vestido. Retiré un mechón de su pelo oscuro, ondulado, siempre tan brillante y suave como un manto de seda. *La morena de mi copla*, le decía papá. Me vi retratada en sus ojos, en sus

pupilas dilatadas en eterno interrogante. Busqué su alma y no estaba, había volado por aquellas ventanas que se iban empañando como un espejo que se asusta de la imagen que devuelve. Apoyé la cabeza en el suelo para seguir mirándola y esperé la vuelta de la ternura, el brillo, el arrullo de su voz. Las campanas repicaban enloquecidas, ronroneaba sobre nosotros un avión del que salían ráfagas de abejorros sibilinos, la anciana Teresa trocó los gemidos por jadeos.

No sé cómo he llegado hasta aquí. No está madre conmigo; la mataron las balas. No es tiempo de lamentos. No hay tiempo para retorcer las manos ni para aullar como un perro abandonado. No servirá de nada que llore, que la llame; no volverá. Padre no está tampoco, él no supo dejar atrás lo que ya no existía, volvió para abrir en el suelo calcinado una tumba con sus uñas, con sus dientes, con su sudor. Yo seguiré adelante. Sonrío y me incorporo. El dolor en el corazón sirve para

estrujarlo, para medir latidos, para que no se desboque en la locura.

A un lado de la casilla, unos pocos paisanos han encendido una pequeña lumbre de esas que no echan humo, y con el cubo de lata sobre unos trébedes improvisados, cocinan algo que promete consuelo para nuestros estómagos. Al paso por las huertas, previsores, los aterrados parias exilados han ido cogiendo algunas piezas que ahora se cocinan todas juntas, sin más sal que el hambre.

Ahora me duele la barriga. ¡Me duele mucho! Me encojo. Unos cuantos hombres hacen guardia junto a la ventana. Estamos aquí dentro, hacinados, con la puerta cerrada. El calor cae sobre nosotros como una sábana mojada. Somos veinte, pero yo estoy sola. Me pego a mi prima Chari; ella duerme junto a su marido. Él le coge la mano. No soy capaz de despertarla. El vientre va a reventarme pero aguanto aun sabiendo que no resistiré mucho más, que tendré que salir, que mis necesidades son como las de todo el mundo, pero es-

tamos en medio del campo, hay luna, hombres en las ventanas… Se me saltan las lágrimas. Me muerdo los labios. No puedo más. Despacio, me acerco a la puerta, como si pudiera salir sin que me viera nadie.

-¡¿Adónde vas tú?! –me grita en un susurro Francisco, uno de los que hacen la guardia.

-Tengo… tengo… que salir… al aire… -digo, tartamudeando.

Una mujer bajita y arrugada que mantiene los ojos abiertos e insomnes, se levanta con rapidez, riéndose en voz alta. Veo que, cerca de ella, Raúl fija su mirada en mí. Quiero morirme. Quiero morirme de verdad.

-Venga ya, chiquilla, no puedes salir sola –dice la mujer, cogiéndome del brazo.

Al volver, no quisiera entrar, voy al pozo, bebo agua, intento lavarme un poco pero el olor agrio flota a mi alrededor. Recuerdo la pastilla de jabón que se deshace como un caramelo en el agua de mi tina, en mi corral, en mi casa, en mi mundo. El agua,

el pozo, la tierra, se mezclan los olores y de pronto llega a mi olfato un levísimo perfume a cabellos sedosos y ojos tiernos. Me ataca por sorpresa, pero cierro de un golpe, como quien pone un tapón y lo sella con lacre. Ya habrá tiempo de llorar a mi muerta. Ojalá no me hubiera apartado, ojalá los abejorros rubios nos hubieran atravesado a las dos juntas. Savia roja que se hubiera derramado regando los campos de nuestra tierra sedienta. Amapolas que dibujarían sonrisas en futuras primaveras. Calla, calla, no pienses. Volvemos al calor asfixiante de la casilla. En la ventana, los guardias fuman. No me atrevo a mirar a Raúl, pero él ya se ha dormido.

Ahora le temo al día. Me duelen tanto las plantas de los pies que camino torcida. Huele a café, mentira, es el deseo de veinte desahuciados que sueñan con esa vida cotidiana de la que hasta ayer, tal vez, renegaban. La anciana Teresa se niega a seguir andando. Hay que readaptarse: los niños se quedan, algunas mujeres también -¡qué remedio!-

ningún hombre. No les importa, dicen ellas: saben defenderse en la vida. Yo no sé, por eso sí me importa. No puedo caminar pero tengo que seguir, más lejos, más lejos, donde no nos alcancen los abejorros, ni esos hombres que ayer paseaban por el pueblo y que hoy visten de enemigos. Ahora entiendo eso de "el miedo pone alas en los pies". En el fondo, quisiera estar muerta, pero quiero mi muerte, una muerte privada, solo mía, no esta muerte a sol abierto como una granada cuyo vientre revienta en rojo sangre. Avanzo en silencio, autómata que se mira los pies, uno delante de otro, sin perder el paso, sin sentir más que sed, sed, sed. Raúl me tiende un tomate. Siento que me pongo más roja que el fruto. Él me sonríe. ¿Cómo puede sonreír? ¿Existen todavía las sonrisas, la música, los besos? Y no me doy cuenta de que también yo le estoy sonriendo. Es como si, dentro de mí, otra yo manejara los hilos de mi cuerpo. ¡Es cómodo! El sol me da en los ojos. ¿Existirá Dios? ¿Cómo puede existir y vernos desde arriba, y dejar-

nos seguir, adelante, adelante, sin pausa, sin destino? Ayer éramos personas, hoy solo un rebaño que atraviesa el campo sin saber adónde le llevará el viento de la guerra, viajeros de la muerte embozados de desesperanza.

Un trueno a lo lejos. Alerta. Alerta. A nuestro alrededor no hay más que tierra amarilla. Un terror desorbitado se refleja en nuestros rostros. Viene muerte del cielo, como vino la vida. Chari viste de rojo. ¡Al suelo, todos al suelo! ¡Quitaos la ropa, los colores llamarán su atención! A tirones nos sacamos vestidos, camisas, quedo en sostén y bragas, blancas pero oscurecidas por el barro, el llanto, el sudor. Sé que huelo mal. ¿A quién le importa? Todos olemos mal, es hedor a mercado, carne pasada, pescado recalentado, fruta podrida. El pasto seco pincha. A Chari le daban miedo las hormigas, un miedo que nos hacía reír. ¿Cómo pueden seguir dándole miedo, insignificante insecto frente a las bombas que tiran los aviones? Pero la veo torcer la boca en horror silencioso ante una

hilera de hormigas negras que, indiferentes a ella, siguen su camino arrastrando granitos de trigo dorados como los sueños de ayer.

La avioneta se acerca: nos ha visto. Es el juego del gato y el ratón. Vuelve a sobrevolarnos. Los latidos de mi corazón ahogan sus motores. El tiempo se detiene pero el calor del sol y el picor de la hierba agudizan mi angustia. ¿Cómo puede preocuparme un picor, un calor, cuando voy a morir destrozada en cuestión de minutos? Quisiera levantarme, abrir los brazos, gritar: ¡¡¡¡Estoy aquí!!!! ¡Dispara, cabrón! ¡Vamos, dispara, mátame, mira mi pecho dispuesto para ti! Saboreo la reconfortante idea: venga la muerte como una ducha fresca que limpie toda esta humillante indignidad. ¿Por qué luchamos tanto por mantener la vida cuando la vida que nos espera está forjada en el espanto? A una planta le sacan las raíces y muere dulcemente de sed y desamor. Nuestros pies son raíces, los dedos de los pies arraigan en el suelo del país, del pueblo, de la casa. Y sin embargo, nos arran-

can y seguimos viviendo. ¡Qué terrible condena! Seguir viviendo, andando, sintiendo hambre y sed, las vejigas llenas, los vientres apretados, los ojos que se cierran buscando el sueño… Sentir la mirada perezosa de un hombre y temblar en la entraña el latido del sexo.

Pasa el tiempo y alguien tira de mí. ¿Me he dormido? No, claro, solo soñaba, lejos. Mi prima se ha puesto el vestido rojo y me sonríe con rabia de ganas de vivir.

-Ya se ha ido –me dice-. Solo querían asustarnos un poco. Ya les daría yo susto…

El viento agita los trigales cercanos, que no han sido segados por falta de hombres, o de tiempo, o sabe Dios por qué. Una nube ennegrece todo el cielo y el sol se esconde tras ella con un suspiro. Sueño con una ducha, un peine, ropa limpia. La mugre ha hecho una capa sobre mi piel que impide que el olor salga, o será que mi nariz se acostumbra al hedor.

Raúl y otros dos jóvenes van a adelantarse, irán al pueblo cercano, a ver cómo están las cosas. Nos detenemos todos bajo un árbol, a la espera. Un relámpago cruza el cielo. Alguien ordena: ¡al suelo, en los trigales! ¡El rayo busca lo que sobresale! Y volvemos a tierra.

Llueve sobre nosotros. El agua me limpia, pero duelen sus agujas sobre mi piel cansada. Corren arroyuelos bajo mi carne como corría la sangre bajo el pecho de mi madre. El ruido del viento azotando los trigos ensordece, la lluvia me empapa… Por este rato estoy conmigo misma, a solas conmigo, y este reencuentro abre la puerta al llanto y al dolor por mi terrible pérdida. Puedo llorar, sollozo, nadie me oye, cada uno está aislado en el descubrimiento del nuevo yo desarraigado. El llanto remueve capas de miedo, tristeza, desgarro, como una fruta que se abre para mostrar la piel, la carne, el hueso y la almendra amarga que palpita dentro. Me duele, me destroza. Ha dejado de llover y yo sigo

empapada, temblando, y mi garganta hinchada se cierra dolorida al paso del aire. Solloza mi cabeza y enloquece mi pensamiento.

Hay que seguir. Escurrimos la ropa, que se va secando sobre nuestros cuerpos. No corre ni una brisa ligera y el bochorno es terrible. Ya se mezcla el sudor con el agua de lluvia.

Raúl y sus compañeros han vuelto. En Villa… todo está tranquilo; pañuelos de nuestro color y niños jugando por las calles. Han habilitado un "Comité de ayuda al refugiado". Podremos comer, lavarnos, dormir sobre un colchón aunque sea compartido. Hay lágrimas en los ojos de muchos que se habían mantenido estoicos como los cipreses ante la muerte.

Esta noche todavía hay que dormir al raso, debemos esperar a la mañana para presentarnos en el pueblo. Caigo como un fardo. No tengo hambre, pero la sed me despierta de madrugada. Estoy ardiendo. A tientas, busco el cubo y al ir a beber, me lo echo encima.

Tirito. No puedo regresar a mi suelo junto a Chari. Me dejo caer allí mismo. Noto que uno de los que hacen guardia se acerca a mí, me acaricia la frente. ¿Será Raúl? Intento sonreír; no lo consigo.

En el Comité hay mucha gente de nuestro pueblo. Me dan un colchón para mí sola, más que por bondad, por miedo a que tenga algo contagioso. Está lleno de bultos, pero al menos puedo revolverme cuanto quiera. Hace mucho calor, sudo muchísimo. Por la noche, en cambio, el frío me atenaza y se me contrae la espalda, que me duele hasta que me encojo como un perrillo chico. Sueño con una tina llena de agua caliente, espumosa, y lavarme el pelo, y después untarlo con jugo de limón y peinarlo, desenredando despacio. Como me enseñó mamá.

Quedan pocos hombres. Se los han llevado al frente; al marido de Chari, también. Ahora llora mucho. Sale por las mañanas y regresa con algo para comer que comparte

conmigo. Yo le digo que quiero salir también, pero es mentira. Solo quiero dormir.

No sé si han pasado días o semanas. Chari ha empezado a trabajar limpiando en unos cuarteles (ella, que cuidaba tanto sus manos, tan primorosa que las monjas la tenían todo el año bordando en el convento). Necesita que yo vaya a la cola del pan en su lugar. Al menos, hay pan. Y comida, aunque esté mala y sea escasa. Y ropa. Grande, o chica, desgastada… Pero ¿podemos pedir más? Somos refugiados. Ya muchos del pueblo nos miran de través, murmuran entre dientes. Les estamos quitando el pan, dicen. Estos zarrapastrosos refugiados… Chari llora al contármelo. Su vientre va creciendo pese a sus lágrimas constantes y a la falta de alimento. No sabe dónde ni en qué frente lucha su marido, y ahora tiene que afrontar miradas de burla despectiva. “Me miran como si fuera una puta, como si por ser refugiada no pudiera ser una mujer decente. No sabes las cosas que tengo que oír en los cuarteles. Y son los

nuestros, prima, los nuestros”. Y encima, tenemos que estar agradecidos porque sobrevivimos, y porque estamos cerca de nuestro pueblo, aunque es como si hubiera que atravesar un océano amarillo y sangriento para regresar, pero al menos nos calienta esa esperanza de despertar una mañana, desandar lo andado y regresar allí donde no somos apátridas, donde nuestros muertos alimentan la tierra. A casa.

Y qué miedo preguntarme: ¿a qué casa? ¿Existirá aún algo de lo que conocimos, o los de otro bando habrán jugado con sus bombas a abrir nuevos pozos de destierro en lo que hasta ayer fue un pueblo con olor a pan tierno y niños que jugaban en la plaza? ¿Habrá algún lugar al que volver, o continuaremos eternos vagabundos, como un pueblo maldito?

Salimos al amanecer. Chari me acompaña para que sepa dónde hay que hacer cola. A lo lejos, la sierra se despierta, desperezándose con un bostezo entre nubes azuladas que

cubren el sol naciente. Ahora hace frío, pero a mediodía llegaremos a los cuarenta grados. Me han dado una camisa gris que me queda grande, y aunque intento arrebujarme en ella, el vientecillo de la sierra penetra a través de las costuras. Mis dientes entrechocan. Chari se marcha; soy la onceava en la cola del pan. Me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Me molesta la luz, me molesta la gente, me molesta la vida. Cada vez siento más frío. Recuerdo aquellos baños calientes en la tina, con el jabón de aceite y sosa que hacíamos en el patio sin dejar de remover. Me gustaba salir del agua, envolverme en una toalla y correr junto a la chimenea. Canelo siempre quería saltar sobre mí y yo no le dejaba porque me arañaba con sus patas de perro grandullón, pero le acariciaba la cabeza y le besaba entre las orejas, y él meneaba el rabo como un loco. ¿Dónde estará Canelo? Se quedó en el corral, medio dormido entre las gallinas castañas que se apretujaban bajo el naranjo para huir del calor.

Cada día la cola del pan. Hay colas para todo: pan, jabón, garbanzos, un trozo de bacalao seco… A veces estás dos horas haciendo cola y cuando te toca, ya no queda. No sé cómo volver al Comité con las manos vacías. Vagabundeo por ahí; a veces algún militar me da un trozo de chocolate, o tabaco, que después cambio por algo para darle sustancia a la sopa.

Soy demasiado joven para trabajar y demasiado vieja para ir al colegio, pero siempre tengo ocupaciones: los viejos, los recién nacidos, las colas… El tiempo pasa y nos habituamos a no ser nadie, a vivir en una piel que no es la nuestra, una piel que se adhiere a nuestros huesos robando nuestra identidad, vistiéndonos de inservibles expatriados que estorban en todas partes.

Otro día en la cola del pan. Los nuestros han vencido una batalla cercana, han hecho muchos prisioneros. El chico de los periódicos –trece años, ojos enormes que me beben como si fuera el licor más mareante-

me avisa: van a pasar los vencedores. ¡Corre!, yo te hago la cola un rato. Entre una barahúnda de gente que jalea, asomo la cabeza. Primero, los vencedores, erguidos, como hombres. Detrás, rodeadas las cinturas por una cuerda que los une en su destino incierto, los vencidos: sean quienes sean, siempre van detrás, siempre desharrapados, siempre se me encoge el corazón al ver sus ojos tristes llenos de oscuridad. Delgados, esqueléticos, tanto unos como otros, los soldados son carne de cañón; pasan hambre y mueren creyendo que son héroes y que luchan por la patria, por la libertad, por ellos. Son niños a los que se engaña con un caramelo. Igual que al pueblo llano.

Corro de nuevo hacia delante, para volver a mirar a los vencedores; un día pasó ante mí Raúl, con la manga del uniforme flotando, limpia, sobre el muñón derecho. Me miró, serio, ausente; yo no era nadie ya para él, la guerra había borrado el recuerdo de mis ojos, de la ilusión de los domingos. No lloré

por su olvido; no suelo llorar por nada. ¡Es inútil llorar!

Entre los que desfilan, orgullosos, me parece reconocer algunas facciones. Quizá sean de mi pueblo; en tres años, hemos cambiado todos tanto que me siento extranjera entre los míos. Unos ojos marrones, circundados por una red de arruguitas pequeñas que irradian hacia las sienes, hacen que mi corazón dé un vuelco. La barba cubre la mayor parte de la superficie de su rostro, pero… ¿cómo no reconocerlo? Antes de que nuestras miradas se crucen, el hombre de los ojos marrones empuja bruscamente a uno de los soldados vencidos que, como oveja resignada al matadero, camina despacio, un pie delante del otro, junto a él. El soldado trastabilla y está a punto de caer. El hombre de los ojos marrones se echa a reír y vuelve a empujar a su prisionero. Su risa es tan cruel como su mirada. No hay compasión en él. Yo puedo comprenderlo: mataron a sangre fría a su morena, su amor, su vida entera. Ahora él está dis-

puesto a matar a los hijos de otras madres, a los maridos de otras esposas, a los hermanos de otras hermanas. Ojo por ojo y el mundo quedará ciego, pero no importa porque él ya no es nada, nadie, solo un corazón que late desgarrado. Por primera vez, mamá, doy gracias a Dios por tu partida, por tu marcha silenciosa y tranquila: qué bendición, mami, que nunca puedas ver la crueldad del hombre al que tanto quisiste. La mirada de mi padre se cruza con la mía y un grito mudo que llegará hasta el cielo se forja entre los dos.

Mañana, en la cola del pan, una bomba caerá sobre aquellos que esperan. Yo esperaré también. Y no me importa. Hay en mi cuerpo hambre de muchos días, sed de justicia, frío de ternura, despedidas, desesperanza, soledad… Miedo por una vida que no quiere seguir el trillado camino que no lleva a ninguna parte. La tristeza me viste y tengo frío. Cuando la metralla abra en mi carne una rosa de sangre palpitante, sentiré que mi cuerpo se estremece de amor, como al entrar en un baño

caliente tras el nevado frío de los adioses. El olor a pan será la espuma que burbujeaba en la tina, el aliento de Canelo que me brindaba su cariño fiel junto a la chimenea. Mi sangre caliente chorreará dulzor y olor a Heno de Pravia, como tu beso de buenas noches, mamá, mamaíta, y sentiré la seda de tu pelo mientras la risa de amapolas vírgenes me susurra recuerdos de una casa de pueblo, de sueños de quince años, de amores que no exigen promesas, de una paz que todos dicen querer y nadie intenta encontrar.

Tú me acariciarás la frente y yo anidaré en tu pecho.

¡Mami, qué contenta estaré mañana, cuando llegue por fin mi turno en la cola del pan…!

Excmo. Ayuntamiento
de Iznájar

Publicidad
El Castillo